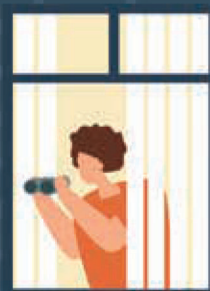
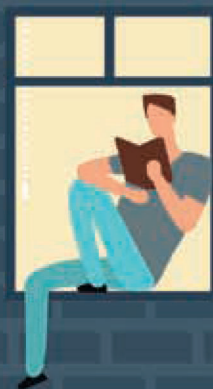
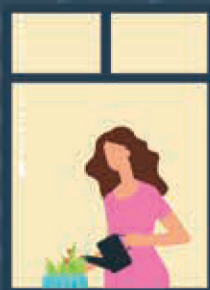


TE VEO

DOLORES FERRER MARÍ



periscopio

TE VEO

DOLORES FERRER MARÍ

TE VEO



edebé

© Dolores Ferrer Marí, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: © Freepik

1.^a edición, febrero de 2023

ISBN: 978-84-683-6345-5

Depósito legal: B. 20812-2022

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A quien se mantuvo en su puesto pese al miedo,
sirviendo a los demás.*

*A quien sirvió a los demás quedándose en casa, pese
a las consecuencias.*

*A las pequeñas cosas que redescubrimos que nos
eran tan esenciales como el agua y la sal y por las
que vale la pena ser y estar.*

*Esta historia está dedicada a cada persona, a cada
ayuda, aplauso, sacrificio, oración, mirada hacia
dentro y a través del cristal, a todos aquellos peque-
ños momentos y acciones individuales que siguieron
moviendo la vida cuando el mundo se detuvo.*

*Porque aunque solo el tiempo y la distancia juzga-
rán el conjunto, cada uno de ellos fueron preciosas
pepitas de oro en el curso de nuestro recodo de la
historia.*

*Y a mi madre, para mí la más brillante de todas, por
estar ahí siempre.*

Índice

1. Viernes 13.....	9
2. Estado de alarma	17
3. La hora 0	27
4. Primer día de condena.....	30
5. Un lunes sin tráfico.....	37
6. Cancelaciones y decepciones	47
7. Descubrimientos	54
8. El registro	62
9. Conformarse o luchar	67
10. Creer en las hadas.....	74
11. Duda razonable.....	81
12. Causa probable	89
13. Incursión.....	94
14. La caja de Pandora.....	100
15. Explicaciones	106
Epílogo.....	111

1. *Viernes 13*

—¡Muerte! —gritó la vieja bruja señalando a Q a la salida del instituto—. Veo a la Parca muy cerca de ti y de los tuyos, chico.

Marga tenía fama de extravagante, de extraña, de loca, pero también de tener ciertos poderes de adivinación.

Caminaba por las calles, vestida con viejas ropas pasadas de moda. Collares y pulseras de conchas colgaban siempre de su cuello y de sus huesudas muñecas. El canoso cabello rizado formaba una enmarañada melena y su afilada nariz apuntaba como un dedo acusador en la dirección en la que sus penetrantes ojillos escudriñaban el mundo. Marga parecía observar una realidad que nadie más era capaz de ver.

Por supuesto todos decían que estaba loca, pero nadie, y especialmente los que la conocían de muchos años, se atrevía a llevarle la contraria.

—Me falta el aire. No puedo respirar —graznó Marga agarrándose el cuello como si efectivamente se estuviese ahogando.

Q se quedó paralizado, sin saber muy bien cómo reaccionar. Le pasaba cada vez que se cruzaba con Marga.

Pero la anciana se recuperó de repente. Adoptó la tranquila postura de una anciana cualquiera que pasea por el barrio en busca de palomas que alimentar.

—El mundo se detiene. Un ladrón me ha robado la primavera. ¿Puedes ayudarme? —preguntó con el tono triste y apagado de un alma perdida.

Q negó con la cabeza, y Marga se alejó en busca de otra persona a quien presagiar una muerte cercana.

O tal vez tratando de encontrar la primavera robada a una semana de que esta empezase.

—¡Alegra esa cara, Q! —exclamó Sergio minutos más tarde, saltando a la espalda de su hermano Quintín.

—No es justo para los que hemos estudiado que hayan aplazado el examen —protestó Q mientras se ajustaba las gafas y expulsaba de su mente el recuerdo de Marga, a la que aún se podía ver a lo lejos.

—No seas rancio. Ya lo harás otro día. Ha faltado mucha gente a clase. El profe se ha ablandado. ¿Qué hay de malo?

—¿Por qué estás tan contento? —contraatacó Q, saludando a un grupo de conocidos mientras se dirigían a casa—. No creo que sea solo por el examen.

—¿Y tú me lo preguntas? ¡La vida es bella y la suerte nos sonrío! Han suspendido las Fallas de Valencia así que Lena no se irá hoy con su familia. Vendrá conmigo mañana al Sapo Azul. Y por si eso fuese poco: ¡Han anulado las clases a partir del lunes! ¿Qué te parece?

Q se detuvo y miró de frente a su mellizo.

—No son vacaciones.

—No seas cenizo, Q. Es solo una gripe que viene de China. Disfruta de la vida y deja de preocuparte, o

te saldrá una úlcera como al tío Rodri. Piensa en cosas buenas, como el viaje a Ibiza del mes que viene. Va a ser lo mejor.

—Eso será si se hace —respondió Q—. En Italia la gente está confinada.

No quería ser pesimista, pero a Sergio le encantaba ignorar todo aquello que le disgustase o le obligase a ser responsable.

Q era el que tenía fama de listo, aunque también sabía que su hermano no era tonto. Su inteligencia y carácter sociable le habían ayudado siempre, pero Q no estaba seguro de que aquello funcionase a la larga, y se había pasado la vida avisando a Sergio del peligro. Y de paso, salvándole en más de una ocasión.

Había asumido el papel de sensato en su relación de hermanos.

—¡Venga ya! —protestó Sergio, enfadado con que insinuase que el viaje de final de instituto no fuese a poder hacerse. Había participado activamente en los preparativos y la venta de productos para financiarlo. De hecho, la fiesta en el Sapo Azul tenía como objetivo recaudar dinero para el viaje—. Italia es otro país. Les ha dado por exagerar, como con lo de anular las Fallas. Pero solo va a durar un par de días. Una semana como mucho. Relájate y disfruta. En menos de un mes, estaremos en Ibiza.

La luz indicadora del ascensor llegó a la planta baja y las puertas se abrieron.

Lucía, la anciana del 1.º C, salió ayudándose de su andador mientras su pequeño perro, mestizo de ratonero valenciano, tiraba decidido de la correa hacia la puerta del edificio por donde entraban Marta y Sara.

Sergio y Q se apartaron para dejarla pasar al tiempo que la puerta que daba al garaje se abría y entraba Maruja, del 2.º A, con su cabello oxigenado, sus uñas arregladas y su sonrisa falsa.

La portería solía estar vacía, pero, a aquella pequeña multitud que había coincidido, se sumó Andrés, del 1.º A, que bajaba por la escalera con su mastín.

Cuando Maruja vio al perro y a su dueño, soltó un bufido de disgusto, como si hubiese pisado una cucaracha por accidente. Luego empujó a Q en su empeño por apartarse del mastín.

—Asegúrese de que ese chucho no ataque a ningún vecino ni haga sus necesidades en la escalera —advirtió antes de meterse en el ascensor.

Andrés, con la mirada baja como de costumbre, ignoró la amenaza implícita y se dirigió hacia la puerta de la calle.

Nadie podía imaginar a aquel pacífico mastín, que además llevaba bozal siempre que salía de casa, agrediendo a nadie.

Los pocos segundos que los mellizos se distrajeron observando cómo Andrés abría la puerta y le cedía amablemente el paso a la anciana, Maruja aprovechó para cerrarles la puerta del ascensor en las narices.

—No voy a subir por las escaleras —anunció Sara muy digna, cruzándose de brazos mientras entraban en el edificio.

Su cabello largo y rubio, sujeto con una diadema rosa que iba a conjunto con su vestido y zapatos, contrastaba con el cabello corto y la indumentaria deportiva de su prima.

—Solo son dos pisos. De todas formas, no voy a obligarte. Puedes subir en el ascensor si quieres. Yo voy a hacerlo por las escaleras.

—Mamá dice que no debo subir sola —apuntó la niña, atravesando a su prima con su característica y patentada mirada de reina de hielo.

Marta, a sus dieciséis años, le doblaba la edad a Sara. Aunque la quería, no estaba dispuesta a permitir que la manipulase como a los adultos, así que ignoró la orden de la niña y sonrió mientras interponía un pie en el detector de la puerta del ascensor para que no se cerrase.

—No irás sola. Estos chicos te acompañarán.

Ante la sorpresa de Sergio y de Q, que esperaban en la cabina, Marta empujó suavemente a Sara hacia ellos antes de dirigirse corriendo a la escalera, pasando por delante de la puerta que llevaba al garaje.

—¡No los conozco! —protestó Sara. Más enfadada por no salirse con la suya que asustada.

—Nosotros vamos al tercero —avisó Sergio.

—No pasa nada. Nos vemos allí y la recojo —respondió Marta subiendo ya los escalones.

Cuando las puertas terminaron de cerrarse y la cabina empezó a subir, Sergio le dedicó su mejor

sonrisa y Q alabó su ropa. Pero ni su amabilidad ni el corto trayecto consiguieron derretir la frialdad de la pequeña.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —los recibió Marta con una sonrisa divertida cuando llegaron.

A cambio obtuvo tres caras de disgusto.

—¡Me has dejado sola con extraños!

—No es verdad. Hace mucho que los conozco. Y no había peligro, en serio. Estaba muy atenta. Si les hubieses atacado, los habría escuchado gritar —se burló Marta.

Era cierto que conocía a los mellizos. Habían jugado juntos cuando eran más pequeños que Sara. Sin embargo, el ir a colegios e institutos distintos había hecho que no se relacionasen en los últimos años más allá de cruzarse en la portería.

—¿Tienes una hermana nueva y no nos habíamos enterado? —preguntó Q mientras Marta entraba en el ascensor, después de que ellos hubiesen logrado salir.

—Es mi prima Sara. Está pasando unos días con nosotros. No puede quedarse sola, solo tiene siete años.

—¡Casi ocho! —gritó Sara mientras se cerraban las puertas.

Iba a añadir algo más, pero el ascensor en lugar de bajar, empezó a subir.

Ninguna de las dos había pulsado el botón de la segunda planta y alguien lo había llamado desde el quinto y último piso.

Cuando las puertas se abrieron, Iván se sorprendió al ver dentro a las dos chicas.

—¡Hola! —saludó Marta—. ¿Estáis de visita u os quedáis?

Aunque Iván había vuelto el verano anterior a la ciudad para el entierro de su abuela, hacía más de tres años que no había visto a Marta.

—Eh, sí. Nos quedamos.

—Me alegro. ¿Bajas?

El chico iba cargado con un viejo colchón, así que la cara de mala leche de la pequeña no fue el único motivo por el que decidió no unirse a ellas.

—Me gusta tu pelo —dijo Marta a modo de despedida y dejó que la puerta se cerrase.

Iván se toqueteó el mechón azul eléctrico que destacaba sobre el resto de cabello decolorado.

Se lo había hecho él mismo.

—Cariño, ¿sigues ahí?

—Sí, mamá —respondió volviéndose hacia la puerta de la que había sido la casa de su abuela y ahora sería la suya.

Una mujer de rizos alborotados y cara sonrojada por el esfuerzo se asomó arrastrando una mesita.

—¿Puedes bajarla también? Avisaremos al ayuntamiento para que se la lleve con los demás trastos. Solo tiene tres patas. Parecía estar bien, porque estaba apoyada contra la pared, pero si intentas poner algo encima, se cae. ¿Por qué la abuela guardaría una mesa coja?

—Claro, mamá —respondió el chico, pero su madre ya estaba de vuelta en la vivienda, concentrada en su propia conversación.

Iván pulsó el botón de llamada pensando que su familia estaba aún más coja que aquella maltrecha mesita, y aun así se negaban a renunciar a sus pedazos.

Mirando atrás, todos recordarían aquel día como el último antes del cambio. Un giro en el destino y de la historia.

No habría disparos, ni una explosión nuclear, ni tan siquiera unos miserables zombis.

Pero, tal y como había predicho Marga, el mundo estaba a punto de detenerse.

Como si de una película de ficción se tratase, se anunciaron medidas preventivas y cierres frente a un virus que estaba extendiéndose y resultaba muy infeccioso.

Mortal en muchos casos.